

Al otro día me junté con los responsables de llevar adelante el proyecto en la editorial. Entre las tantas cosas que hablamos, me explicaron que yo no había sido la primera opción —se lo habían ofrecido a un periodista que finalmente desistió—, los tiempos editoriales y otras generalidades. En una siguiente reunión acordamos la forma de trabajo. Les dije que sí, que lo haría, pero que recién podría empezar en dos meses, tiempo en el que pensaba terminar *Lo no dicho*, un libro sobre la negada pandemia que es la adicción, que tenía muy avanzado. Me dijeron que lo resolviera yo, que con ellos no había ningún problema.

Todo era perfecto. Pero al otro día, cuando me senté frente a los papeles de *Lo no dicho*, en lugar de leer hacía anotaciones sobre la biografía del Maestro: *El camino es la recompensa* es un buen título... Lo importante es descubrir al hombre por sobre el entrenador... Su familia tiene que estar involucrada... Sus amigos de la infancia, cuando trabajaba de maestro, los héroes secretos que lo rodearon, cómo se dio la construcción de un hombre público tan valioso... No paraba de anotar y anotar. Al día siguiente me pasó lo mismo, y al siguiente también. Así un día tras otro. Una semana me llevó aceptar la realidad de que ya no iba a poder seguir en lo que estaba. De ella salí con los dos

objetivos principales que me orientarían para forjar *El camino es la recompensa*: que una parte de la historia oral intergeneracional de la familia Tabárez fuera escrita, y que las futuras generaciones celestes, cuando quisieran saber cómo fue que se construyó el retorno del Uruguay futbolístico a los primeros planos, tuvieran la oportunidad de nutrirse de quien ideó, planificó y ejecutó el sueño convertido en realidad.

La idea original era mostrar al hombre a través de testimonios de gente con la que compartió el camino y cerrar con una entrevista. Escuché más de cien conferencias de prensa de Washington. Perdí la cuenta de cuántas personas entrevisté. Llamé a Argentina, Brasil, Italia, Catar, etcétera, para hablar con gente que había trabajado con él. Pero una mañana, somnoliento frente a la computadora mientras tomaba el café con leche, vi en la desordenada biblioteca el libro *El poder del mito*, que había leído en diferentes momentos de mi vida y siempre me había atrapado. El esquema del libro es un diálogo-entrevista entre un profesor y un periodista. El periodista interroga, el profesor responde y, cediéndose la palabra uno a otro, avanzan y construyen. "Esto es lo que tengo que hacer", me dije. "¿Para qué voy a interpretar la vida del Maestro Tabárez si puedo sentarlo frente a frente

con vos, con el lector?" Y lo mismo con sus hermanos, esposa e hijas. Nada de malabarismos de imágenes ni fuegos artificiales estilísticos. El Maestro, sus seres queridos y vos.